

## REMACHANDO EL CLAVO DE LA CONDICION HUMANA vs. CONDICION ANIMAL (Cátedra de Antropología Social)

*Roberto Mendoza Zepeda\**  
*Carmen Zepeda Alcántara\**

Aun a riesgo de repetirnos vamos a remachar el clavo de la condición humana frente a la condición animal.

A nuestro sentir, el *quid* de las confusiones antropológicas radica en que la vida humana y la vida animal discurren por las mismas estructuras anatómicas, ¡y las conductas son tan distintas!. ¿Quién podría confundir el comportamiento animal con el comportamiento antropológico?

Para entender mejor el problema daremos dos ejemplos.

### a) *La lágrima*

Se trata de una solución salina originada en las glándulas del ojo. Es la misma lágrima, así se trate de un lloriqueo superficial o de un llanto profundo. Lo que quiere decir que llorera o sollozo se fraguan en el mismo lugar, utilizan las mismas células y al final de cuentas surge la secreción con la misma concentración salina.

La lágrima de cocodrilo es una secreción glandular. La lágrima sentimental también. Sólo que ahora la lágrima es la etapa final de un proceso profundo, endógeno, largo, fraguado en el hondón del hombre dolorido.

### b) *La risa*

De pronto el músculo orbicular de los labios

se agranda y nos reímos. Para ello utilizamos 15 músculos faciales, siempre los mismos, así sea para soltar una carcajada que para dibujar una sonrisa.

Es decir, que un chiste y un fondo espiritual alegre, se resuelven de igual forma. Su etapa final pasa por las mismas estructuras anatómicas. Las de la risa. De aquí que el mecanismo reflejo y el mecanismo profundo se traducen ambos "riendo".

De lo que se colige:

1o. Que una misma estructura anatómica traduce mensajes diversos.

2o. Que la conmoción vegetativa de la expresión (gesto) puede ser puro teatro o puede arrancar de una emoción profunda. La mueca riante no lleva "en sí" las esencias del proceso. Toda la caravana de contracciones musculares se puede reducir a una mascarada fenomenológica de cuño animal. Pura apariencia.

Pero también todo nuestro mundo emotivo debe "resolverse" en las estructuras anatómicas y en las conmociones neurovegetativas del organismo. No le queda otro camino.

Confundir estos dos mundos, equivale a confundir la pantomima con la realidad. La máscara con la persona.

Y es evidente que una cosa es el teatro y otra cosa, muy otra, es la realidad antropológica.

Esto es lo que en otra ocasión Oriol Anguera había llamado "vía final común" (véase prólogo de endocrinología de Grollman y *Acta Argentina de Fisiología y Fisiopatología*, Vol. 1, No. 1, pág. 221).

Se le llamó así debido a que por la misma

---

\* Sección de Graduados, Escuela Superior de Medicina, IPN.

vía salen las emociones auténticas y las simulaciones.

### *Primera confusión*

Bajo el nombre de “instinto” se describen reacciones tan diferentes como la conducta social de las hormigas y las respuestas de Don Juan frente a Inés.

Sería bueno deslindar bien los campos entre hombre y animal. Sería bueno por ejemplo llamar “vivencia” a la conducta antropológica y usar la palabra “instinto” para la conducta animal.

Sin olvidar que en nuestras “vivencias” se mezclan fuerzas instintivas de cuño animal. Y que al final de cuentas para manifestarnos sólo disponemos de una anatomía. Y aunque todos nuestros “actos” salen por las estructuras que conforman nuestro organismo, la componente espiritual se enraiza con lo más profundo del hontanar humano.

Remachemos: en la conducta del hombre hay “algo” más que el instinto animal. Aunque este “algo” y el instinto están condenados a salir por la misma puerta (vía final común).

### *La teoría del “nada más que”*

Por culpa de esta confusión las teorías reduccionistas se han impuesto. Los reduccionistas son aquellos que “reducen” el mundo superior al mundo inferior. Son los que afirman que Santa Teresa es una histérica, Sor Juana una lesbiana, Juana de Arco una paranoica...

Frente a tamaños despropósitos Huxley critica la visión científica porque el científico casi siempre nos da una visión mutilada. Según Huxley el científico da razón y cuenta de sus investigaciones a través de lo que podría llamarse “nada más que”.

Y nos dicen que los seres humanos son “nada más que” animales y que los animales son “nada más que” máquinas. Toda la biología se podría reducir a “nada más que” materia y energía.

Según esto el universo sería “nada más que” polvo, protones y electrones; energía y cibernética.

Los valores espirituales, a su vez, serían

“nada más que” ilusiones; los acontecimientos mentales “nada más que” epifenómenos del cerebro; el amor sería “nada más que” una desviación del sexo, y así sucesivamente.

Las consecuencias de esta filosofía del “nada más que” sería esta indiferencia por la vida humana, característica de nuestra época. En los últimos años esa indiferencia ha progresado de forma peligrosa. Todo lo espiritual se reduce a un “nada más que”, y todo lo humano se mide con el mismo rasero.

### *El investigador es reduccionista*

El científico tiene una misión fundamental, la de podar. Poda con sus tremendas tijeras hasta reducir la calidad a simple cantidad. Con ellas corta y corta. Su obligación es eliminar el accidente singular para quedarse con el proceso universal.

De no hacerlo así, no podría siquiera clasificar. La ciencia debe estar rigurosamente clasificada y nominada. Para definir una reacción fisiológica debemos generalizarla. Con frecuencia la estudiamos sobre el animal y luego la extrapolamos al hombre. La fisiología humana ha surgido de las experiencias realizadas con perros y ratas. Los reflejos condicionados de Pawlow y los resultados obtenidos con las cajas de Skinner son expresiones de **ratomorfismo**.

El caso es que gracias a esta ciencia reduccionista el mundo progresa. Las leyes sólo pueden erigirse sobre conocimientos científicos universales. Sólo es científico lo que es mensurable.

Con todo esto nos quedamos con un esqueleto universal desprovisto de atributos individuales. Nos quedamos en el “nada más que”.

### *Radical diferencia entre hombre y animal*

Si intentamos superar la teoría del “nada más que”, nos encontramos con la radical diferencia entre “vivencia” antropológica e “instinto” zoológico.

El animal discurre sin problemática, mientras que en el hombre sus actos van cargados de incertidumbre y conflicto.

Antes de actuar, tenemos el “deseo” y el deseo nos viene impregnado de “prevenciones”. Después de actuar comienza el capítulo de “remordimientos” o gratificaciones.

Es que todo lo humano nos viene vertebrado con el placer de vivir... o con la angustia de morir. Todo es conflictivo.

El instinto animal, en cambio, se realiza sin prejuicios ni remordimientos; es un fenómeno natural, tan natural que forma parte de un programa universal. Como la caída de un grávido o el periplo de un astro.

Repitamos: la situación vital del hombre ha perdido naturalidad. No se realiza en común con el árbol ni con el astro. Tiene “su” periplo individual.

Si tuviéramos que definir una y otra situación diríamos así:

“El instinto animal es una cadena de reflejos puesta al servicio del equilibrio universal”.

Y a su vez:

“Las vivencias antropológicas, están al servicio del placer individual”.

Vamos a aclarar estas dos definiciones.

*“El instinto animal es una cadena de reflejos”*

Supongamos un ejemplo: el contacto del pezón de la madre con los labios del recién nacido desencadena un primer reflejo y el niño cierra la boca. Esto provoca la succión de la leche. Esta leche contacta con la mucosa y se inicia el reflejo esofágico de la deglución. Con la deglución, se lleva la leche de la boca al estómago, y una vez allí su presencia estimula la secreción del jugo gástrico, y así sucesivamente.

Con esta cadena de reflejos la leche recorre el tramo digestivo de punta a punta, o lo que es lo mismo, de reflejo en reflejo. El primer reflejo viene a ser el estímulo para desencadenar el segundo, y de éste se origina el tercero y el cuarto y así sucesivamente. Por lo tanto “el instinto es una cadena de reflejos”. Sigamos con la definición.

*Cadena de reflejos... “puesta al servicio del equilibrio universal”*

Naturalmente si el acabamiento de un reflejo

es el estímulo del que le sigue, la sucesión de reflejos está polarizada y el bolo alimenticio sólo puede avanzar en un sentido. Brinca de reflejo en reflejo.

Cuando examinamos esta cadena de reflejos que determinan el “instinto” animal advertimos que hay en ellos una intención: la de ser eficiente en el *consensus* del equilibrio universal.

Desde este punto de vista, el instinto animal sería tan eficaz como la gravitación. Se trata de un fenómeno natural, proceso tan necesario para mantener el equilibrio de la naturaleza como la caída del agua por la pendiente del cauce.

Por lo tanto, es válida la definición que hemos aventurado: “El instinto es una cadena de reflejos puesta al servicio del equilibrio universal”.

Pasemos ahora a la otra definición del “instinto”, considerado como “vivencia” antropológica. Si queremos dar una definición paralela a la anterior, diremos:

*Las “vivencias” del hombre están al servicio del placer individual.*

Medítese la diferencia entre “vivencias” e instinto. Este se produce sin problemática ni remordimientos. En cambio, cuando hablamos de vivencias (“tendencias” o “impulsos”) comparece otra luz, la que tiene que ver con la concupiscencia, es decir, con lo “placentero”. Instinto animal y “vivencias” antropológicas serían dos cosas distintas.

El mundo animal se reduce a una sucesión de impulsos que arrancan de la superficie, se confunden en el cuerpo y terminan en el propio organismo. Pura carne. Mundo exterior. Vale decir que el animal comparece al “acto” instintivo desde la naturaleza. Desde afuera. No tiene “sí mismo”.

El hombre en cambio comparece al “acto” biológico desde “sí mismo”. Mi vitalidad arranca de mí o mi fuerza reactiva se “realiza” al compás de una satisfacción o de una insatisfacción que me afecta exclusivamente a mí.

La del animal en cambio se “realiza” en un acto que afecta a la naturaleza.

### *Pérdida de la naturaleza*

Comparecer al "acto" instintivo como hace el hombre, desde adentro, es como perder la "naturaleza". Yo soy, desde este momento, "tránsfuga" y desertor de las leyes naturales. Y al desertar de la gravitación universal rompo la armonía del equilibrio cósmico. El hombre es en cierto modo un "rebelde" de las leyes universales.

Toda mi evolución antropológica es una constante rebeldía contra los fenómenos naturales. El amante entra en franca rebeldía con la naturaleza y desconoce las leyes universales del espacio y el tiempo. Ni metro ni reloj. Su espacio puede alargarse o acortarse según sea la distancia en la que se halle su amante. El tiempo puede acelerarse o retardarse... según que su "cita" tenga lugar antes o después de la emoción que le da calor... y color.

### *Auscultación del intracuerpo: hombre*

En el impulso vivencial del hombre podemos descubrir tres puntos firmes:

- 1° Arranca del interior.
- 2° Es auscultación.
- 3° Es intransferible.

### *Déficit interior*

Lo primero es un "déficit" interior que se llama instancia. Esta instancia debe resolverse. El hombre resuelve la instancia con "placer" personal, placer sensorial, placer de mandar, placer sexual. No se trata de un déficit que se equilibra físicamente.

Por esto los instintos de la vida animal son garantía de "sociabilidad". Mientras que los instintos en la vida humana son el camino más directo para una radical "insociabilidad".

Lo que para los animales es "operante", para nosotros es destructor.

La auscultación de mi intracuerpo me regala la sensación placentera del acto. Sensación cenestésica con un colorido especial de placer o de angustia. Yo estoy presente en mi yantar para disfrutar las delicias de un plato sabroso.

Mi hambre sexual también es auscultada desde mi intracuerpo, para gozarla.

### *¿Qué es el intracuerpo?*

Si no nos equivocamos, el primero que introdujo la palabra fue Ortega. Pero nos interesa más conocer su alcance que su origen. Para dar una primera definición, diríamos que intracuerpo es la sensación interna que recogemos de nuestro propio cuerpo. Nuestro intracuerpo no tiene color, ni tiene forma, ni goza de ninguna cualidad sensorial. No le podemos ver, ni degustar, ni palpar, pero lo sentimos. Son las "ganas" de hacer algo, ganas que detectamos:

- a) Como un déficit.
- b) Como una postura.
- c) Como una impresión.
- d) Como una plenitud.

Se trata de la porción de nuestra intimidad que llevamos "infusa" con el cuerpo. Los fisiólogos le llaman cenestesia.

Es una imagen interna que se nutre de "ausencias" o de "posturas" que nos envían sensaciones singulares.

El déficit de glucosa en los tejidos, por ejemplo, nos hace sentir hambre.

La circulación de la sangre a una cierta velocidad nos envía la impresión de "palpitaciones" o de martilleo de las sienas como un proceso circulatorio de sangre en movimiento.

Pero lo verdaderamente importante es que sobre esta imagen de mi intracuerpo se clavan las raíces de mi bienestar. De mi euforia o de mi mal humor. De aquí arranca la cenestesia del placer.

### *El neurasténico*

Ortega ha dicho en alguna parte, que el neurasténico es un virtuoso de su intracuerpo. Y es probable que en el plinto de la neurastenia no haya más que este "oído" fino para auscultarse a sí mismo. Y sucede que, al paso que nosotros apenas sentimos fluir la sangre por las venas, el neurasténico se ausculta el martilleo constante de las sienas como un pavoroso acontecimiento que le persigue día y noche (Ortega).

En cambio el animal (que no puede auscultar su intracuerpo) se mueve según los ejes de simetría de la naturaleza.

Por esto a nadie se le ocurriría criticar al polen fecundador de las flores, porque sería tanto como criticar al orden universal.

¿Qué sucede en cambio cuando nos revolcamos en la intimidad sexual del *Homo sapiens*? Entonces urge hablar de frenos, de píldoras de concupiscencias, de paternidad responsable y de planificación familiar. Todo siempre vinculado al placer y a sus tremendas consecuencias.

### *Cuando crujen los ejes de simetría*

En los vegetales y en los animales todo discurre por cauces naturales. Sus leyes son las mismas leyes del Universo. Sus ejes de simetría son los mismos ejes cósmicos que determinan la gravitación universal.

Pero cuando un día el hombre se detiene para “volver” la mirada dentro de sí mismo, aquel día percibimos el intracuerpo. Ahora bien, por el hecho de habernos “detenido” hemos perdido el ritmo de la naturaleza, han crujido los ejes de simetría y hacemos una especie de geometría sentimental. Una legalidad para uso personal, independiente de la cósmica.

El abrazo amoroso pasa siempre por el puerto de la concupiscencia.

El coito animal en cambio va derecho a su puerto final (la reproducción) sin pena ni gloria.

A partir del placer, cambian nuestros ejes de simetría, los que no coinciden con los del Universo... porque coinciden con nuestro patrimonio pudiendo e inverecundo. Por esto saboreamos nuestros actos de forma rigurosamente personal; el placer es el gran regulador de la concupiscencia. Y es el gran motor antropológico.

### *Surge el placer y el dolor*

¡Hemos vaciado nuestra vida de naturalidad!, porque nos realizamos entre malicias de intimidad que nos permiten vivir el placer del acto

fisiológico. Y nos deleitamos saboreándolo a nuestra propia cuenta.

Ahora bien, a medida que nos desnaturalizamos nos vamos humanizando. Nos alejamos de la piedra, del árbol y del pájaro... para hacernos hombres, y perdemos la naturaleza universal a trueque de hacer la nuestra.

Una vez perdida la naturaleza, nuestra trayectoria ya no es la que “conviene” a la gravitación universal, sino que conviene al hombre. Hemos perdido al hermano pájaro y al hermano astro, porque ellos siguieron su trayectoria natural. Sus ejes de simetría siguen siendo los del Universo. Mientras que el hombre ha encontrado otro centro de gravedad, el de sus malicias y sus delicias. Placer y dolor.

### *Dificultades para una clasificación*

Así como es fácil clasificar los actos animales por su conducta instintiva, así es difícil clasificar a los hombres por su tono vital. Veamos.

Las funciones animales se han estudiado en tres grandes capítulos: nutrición, relación y reproducción.

El patrimonio de la nutrición comprende todo el capítulo relacionado con su alimentación.

El patrimonio de relación comprende todos los mecanismos ofensivo-defensivos ejercidos en defensa de su territorialidad.

En fin, el patrimonio de reproducción estudia todo lo referente a procesos sexuales y genéticos.

Todo esto va bien para el mundo animal.

Las cosas no son tan claras para el hombre. Puesto que ni la alimentación se agota en su finalidad nutritiva, ni la sexualidad se agota en su función reproductora, ni sus relaciones en la defensa territorial.

Dicho en pocas palabras, el hombre anteponer siempre el placer a la función fisiológica.

Por esta razón el arte trasciende más allá de la utilidad inmediata. La belleza puede ser más importante que la economía.

### *La plenitud animal*

El animal viene al mundo con su repertorio de instintos que le permiten cumplir con todo su programa vital. Diríamos que su vida se llena con unos actos reflejos que colman su vida animal. Del nacer al morir en el animal todo está ajustado y preciso. Nace, crece y muere. Todo llega en su momento. Sólo cuando cruje una ley universal, cruje el animal. El animal es un trozo de naturaleza y por lo tanto sigue el mismo ritmo de la gravitación universal.

Por esta razón el animal nunca se aburre. Nunca va "falto de aliento". Para el animal el tiempo no existe. Su dormir o su estar alerta es cosa de la naturaleza con la que marcha del brazo minuto a minuto. No tiene vida interior.

El animal sólo puede hacer una de estas dos cosas: dormir o mirar lo que pasa a su alrededor. No tiene otra alternativa (Ortega).

En cambio el hombre tiene una tercera alternativa, *auscultarse*. Entrar dentro de sí, o si queremos, ensimismarse.

De aquí que el animal llena su vida con un itinerario completo y en cierta forma modélico. Tan modélico como lo es el plan del mundo. Es un plan *natural*. El animal nace en su momento justo. Crece según su ritmo natural, engendra a su debido tiempo y muere cabalmente cuando debía morir. Ni un minuto antes ni un minuto después. Consume la cuerda como el reloj. Y como el reloj, cuando acaba la cuerda, se para, se muere.

Enfermar, para el perro, es tan natural como sanar. Es tan natural el ciclo del estrepococo que produce una septicemia, como el ciclo del perro que la padece. Y su resolución es siempre tan natural como la caída de un grávido.

¿Por qué, en cambio, se complica la máquina del hombre?

Toda nuestra complicación arranca de nuestra deserción; la medicina psicosomática, la medicina biográfica, la angustia existencial, todo surgirá como consecuencia de habernos hecho transfugas de la naturaleza.

### *La plenitud en el hombre*

Acabamos de ver como el animal viene

al mundo con un itinerario que cumple puntualmente.

El hombre en cambio comparece cuando todavía su organismo está a medio hacer; así en su patrimonio anatómico que funcional.

Antes dijimos que era un transfuga de la naturaleza, ahora añadimos que es un animal prematuro. El caso es que sólo durante su maduración ulterior se irá realizando y humanizando. Pero en la medida que se humanizará se desnaturalizará. Esta es su condena y su privilegio.

Nunca podríamos calificar al hombre por un "plinto animal" por la razón sencillísima de que reducido a sus instintos el hombre es inoperante o ineficaz. No es hombre ni es animal. O en todo caso, es un hombre inacabado y un animal imperfecto.

Por esto resultaría una fisiología paupérrima la que pretendiera estudiar al hombre como al perro.

Ni en lo individual, ni en lo familiar, ni en lo social, el hombre puede seguir una conducta instintiva. Al contrario: desde todos estos planos el hombre dispara una verdadera montería contra la vida instintiva. Vive instalado sobre el placer de su novela... original. En la vida del hombre toda está por hacer. La vida animal está totalmente programada al momento de nacer.

### *El instinto como reducto*

Y sin embargo, tampoco podemos silenciar la existencia de nuestro fondo animal, puesto que a partir de nuestra animalidad se realiza gran parte de la conducta social. Nuestra conducta mostrenca puede ser poco menos que gregarismo. Con frecuencia la *savia* instintiva asciende a la cumbre de nuestra hombría dándole un colorido rutinario y animal.

Todavía más; no es posible realizar una personalidad vigorosa sin esta energía vital acumulada en el subsuelo de nuestra animalidad. Cada uno de nosotros es una fuerza vital. Quién sabe si el resto de nuestra personalidad dependa de lo que sea esta vitalidad de fondo.

Veamos tres niveles: vitalidad, emotividad, racionalidad.

*Vitalidad. (Nivel inferior o basal.)*

Tal vez sería cuestión de señalar este fondo vital como una serie de “tendencias” que nos “impulsan” hacia un determinado camino: el instintivo. Pero nunca se da el instinto puro. Ni siquiera en el niño recién nacido.

Por esto, clasificar a los hombres según esta plataforma de vitalidad instintiva, seguirá siendo una aspiración superlativamente difícil. Ningún animal salvaje muere de parto. Se salva por sus instintos. ¿Qué pasaría si abandonáramos a la mujer parturienta a sus propios instintos?

*Emotividad: segundo abordaje de nuestra intimidad. (Nivel afectivo.)*

A medida que el hombre se aleja de la naturaleza, aparecen luces propias cada vez mejor matizadas. Sobre el tono vital deben estudiarse las emociones en donde se fraguan las grandes pasiones. Hemos dicho las grandes pasiones, es decir, los grandes afectos.

Se comprende que así sea. Si nuestra conducta humana ha desertado de las leyes naturales, debe asirse urgentemente a “nuevas leyes” que le den garantía y eficacia en este laborioso camino de... “la aventura del hombre”.

Dijimos que la vida animal discurría plácidamente como discurre el astro por su periplo. En cambio, vimos que el instinto del hombre no es una fuerza natural, puesto que no “parte” de la naturaleza.

¿De dónde?

Ya lo dijimos. De sí mismo, del intracuerpo y de su auscultación. Por tanto, al realizarse, el hombre se recrea, lo que equivale a decir que crea otra legalidad que no incumbe a las leyes universales.

Es una legalidad para su propio uso. Por eso decimos que el hombre “satisface sus impulsos”. Y al satisfacerlos siente un rubor especial por haber relegado sus instintos al patrimonio de lo inconfesable. Placer y dolor. Puro egoísmo.

*Placer y remordimiento*

Por aquí asoma el primer eslabón de

nuestra intimidad. Y por ahí ronda todo el capítulo del placer y del remordimiento.

A medida que se ilumina nuestra intimidad con “su” propia legalidad, se alumbra el mágico hontanar de nuestros grandes deleites y nuestras grandes angustias. Tras haber crujido los ejes de simetría exterior (leyes naturales) se alumbra nuestra vida interior.

Y surge una topografía selectiva. Deliciosamente afectiva.

Y surge un espacio afectivo. Deliciosamente afectivo.

Y surge un tiempo afectivo. Deliciosamente afectivo.

Ninguno de ellos tiene nada en común con lo natural, al que para entendernos le llamaremos “ingenuo”.

El espacio ingenuo está integrado por unidades iguales.

El tiempo ingenuo está integrado de unidades iguales.

La resultante nos da una topografía natural y un paisaje rigurosamente cuantitativo.

Cosas muy distintas a las que nos proporciona el espacio vital y el tiempo vital... en donde todo es singular, desigual y cualitativo. ¡Personal!

*Veamos un ejemplo*

Para entender esta singularidad afectiva del hombre, nada mejor que transcribir un pasaje de cuño antropológico tal como lo dejó escrito Ortega y Gasset en su geometría sentimental.

“Hoy me he enterado de que Soledad se fue ayer a Madrid. Por una ausencia de varios días. He tenido al punto la sensación de que Madrid se quedaba vacío y como exangüe. ¡Una impresión que han sentido los enamorados del mundo pero no por eso menos extraña! Madrid sigue igual, con sus mismas plazas y calles, el mismo rumor de tranvías y bocinas, la misma gente y el mismo tráfago; los mismos árboles en los jardines y sobre todos los tejados el mismo tránsito de nubes blancas y redondas de ayer y anteayer. Sin embargo, todo eso parece haberse vaciado de sí mismo y conserva sólo su exterior, su careta. Lo que han perdido es una peculiar dimensión de realidad;

perduran ante mis ojos y oídos pero han dejado de existir para mi interés.

“Ahora noto hasta qué punto mi amor a Soledad irradiaba sobre toda la ciudad y toda mi vida en ella. Ahora advierto que aun las cosas más remotas, que menos parecían tener que ver con Soledad, había adquirido una cualidad suplementaria en relación con ella y que esa cualidad era para mí lo decisivo en cada una.

“Los mismos atributos geométricos, topográficos de Madrid han perdido toda vigencia. Y es que hasta la geometría sólo es real cuando es sentimental. Antes tenía para mí esta ciudad en centro y una periferia. El centro era la casa de Soledad, la periferia todos aquellos sitios donde Soledad nunca aparecía, vago confin casi inexistente, como lo fue para los griegos la región sobre el Cáucaso, que medrosamente titulaban “tierra de los hiperbóreos”. Unas cosas estaban cerca y otras lejos, según su distancia al lugar donde yo esperaba ver la dulce criatura.

“A veces estas medidas parecían inversas de las que un agrimensor hubiera abstractamente calculado. Cuando ya estaba seguro de que iba a hallar en algún punto a Soledad, un camino largo hasta ella era para mí la más corta distancia, y en cambio, un breve trecho recorrido sin la esperanza de hallar a su cabo la suave piel mate de Soledad era una distancia interplanetaria.

“Ahora percibo hasta qué punto era el centro auténtico de gravitación al que todas las cosas se inclinaban, el centro de su realidad para mí. Y yo me orientaba materialmente, sin necesidad de señales externas, por una más o menos tensión íntima que en mí hallaba. Al andar sabía si mis pasos me llevaban hacia ello o me alejaban; como la piedra, sin ojos, debe sentir en el aire su curva trayectoria al sentir la atracción de la Tierra que tira más o menos de su materia.”

### *Volvamos al espacio-tiempo ingenuo*

El espacio ingenuo lo encontramos integrado por unidades que se pueden sumar y restar. El kilómetro y el centímetro rinden las mismas

cuentas en cualquier localidad que las apliquemos.

Asimismo diríamos de los tiempos siderales contados en segundos a través de nuestro reloj, son siempre los mismos.

¡Ah!, pero cuando aparece el tiempo antropológico o el espacio humano, entonces vemos cómo las distancias se acortan o cómo los tiempos se alargan... todo es función del estado afectivo del hombre que los cuenta o los contempla.

El tiempo de cicatrización de una herida es distinto en un niño que en un viejo. Lecomte de Noty encontró que la herida en un niño de 4 años cerraba en la mitad del tiempo que en un hombre de 40 años.

Si ahora brincamos al tiempo antropológico, las diferencias son todavía mayores. La sensación de tiempo puede ser mil veces mayor o menor. La angustia puede hacer que un minuto sea eterno, y al revés, una situación vital de deleite puede transformar una hora en un instante fugaz.

Otro tanto diríamos para los espacios. Un lugar pequeño puede parecernos suntuoso, si es íntimo, y un palacio puede transformarse en una cárcel irresistible de acuerdo a nuestra situación vital.

Por lo regular, en donde estrenamos emociones, todo se tiñe del color de las emociones. Lo que quiere decir que la choza o el palacio depende de nuestro estado de ánimo y, como el caracol, arrastramos “nuestra” casa sin importarnos la proyectada en las arcadas de piedra del palacio que nos cobija.

### *Tres características de nuestra carga emotiva*

Vamos a ver los verdaderos colores del nivel afectivo.

- a) Mismidad.
- b) Insaciabilidad.
- c) Durabilidad.

### *a) Mismidad inefable*

Al hacernos tráfugas de la naturaleza nos encerramos en nosotros mismos, y a partir de entonces no hay manera de explicar el timbre

afectivo de la carga emotiva. Es rigurosamente singular.

Mi tristeza no la puedo pasar a nadie. Ni tampoco la puedo explicar. Ni nadie puede pasarla por mí. Ni siquiera puede haber otra igual a la mía.

Pero tampoco me la pueden quitar. Y esta es la desesperación de los “soberanos” que pueden ordenarlo todo, menos el color de la carga emotiva del ciudadano. Porque en mi alma yo soy el único propietario y nadie me puede enajenar de mí mismo. En mi vida mando yo.

La mismidad supone que cada cual llora su pena.

Cuando estamos velando a José, el hermano llora su José. La novia su José. La madre su José. El amigo llora su José. Ninguno llora al que se fue. En definitiva, el cuerpo inerte pertenece a la naturaleza y únicamente pueden aludir a “este” José los que le han “cosificado”, es decir, los que no lo conocieron, digamos por ejemplo, el peatón que se descubre al paso del baúl camino del cementerio. (Ortega).

De la mismidad discurre la inefabilidad, puesto que la carga emotiva, por ser mía, no puedo explicarla ni traspasarla a nadie. Ni aun queriendo abocar mi corazón al corazón de la amada, no puedo hacerlo, sólo puedo decir “que la quiero”. El timbre de mi afectividad es intransferible. Es inefable. Yo podré morir y matar de amor, pero mi amante no llegará jamás a enterarse del timbre especial que tiene mi carga afectiva para con ella.

¡Es inefable!

#### *b) Insaciabilidad*

Pero como sea que por un lado tenemos la necesidad urgente de “realizarnos” y por otro lado nos está vedado hacerlo, de aquí surge nuestra insaciabilidad.

Los fenómenos naturales se resuelven en común. Los fenómenos humanos sólo se resuelven en mí mismo. Por esto, cuando necesitan “trascender”, quedan en pura “problemática”.

Veamos por ejemplo la fecundación.

El animal ingenuo cumple puntualmente con la naturaleza. En su momento exacto fe-

cunda. Se limita a seguir un programa. El natural.

En cambio, el comportamiento antropológico determina una eyaculación acompañada de una conmoción neurovegetativa a la que llamaremos orgasmo. Y con el orgasmo va la satisfacción o la insatisfacción. Todo el capítulo del placer y del remordimiento va inmerso en la auscultación del intracuerpo al momento de realizarse.

El amante puro jamás podrá resolver “su” problemática afectiva si se limita a transitar, como un animal, por la conmoción neurovegetativa del orgasmo. El proceso fisiológico en sí no nos da un solo quilate de autenticidad. Digan lo que digan los sexólogos modernos.

Por esto es insaciable la carga emotiva. Y en cambio nos hartamos pronto de la sexualidad.

Si reducimos el amor a “conducta sexual”, hemos asesinado “algo”, sólo que este algo es lo esencial del hombre.

#### *c) De su insaciabilidad discurre su durabilidad*

El instinto animal se cancela en el mismo momento que el macho cubre a la hembra. La carga afectiva, en cambio, no se puede cancelar nunca. Aun cuando creemos que “ya no está” presente, hay algo que sigue gravitando en nosotros de una manera o de otra.

Y como sea que nuestra carga afectiva es una aspiración a transfundirnos con el otro, surge de aquí la contradicción con la “mismidad” que, como vimos, necesita de la soledad más absoluta.

Y ante la aspiración constante a transfundir, surge la hipótesis de la comunión, sublime representación de nuestra voracidad insaciable.

#### *Intimidad y pantomima*

Acabamos de ver una contradicción esencial: nuestra necesidad de transfundir la carga emotiva (insaciabilidad) y su radical incapacidad para hacerlo (mismidad).

Este conflicto se resuelve en una “descarga”. Sea a través del llanto o de otra conmoción que llamamos neurovegetativa. Entre estas descargas destacan tres tipos de reacción.

- a) Reacciones respiratorias.
- b) Reacciones vasomotoras.
- c) Reacciones cardíacas.

Estas conmociones neurovegetativas son las que han confundido a los investigadores. Con frecuencia hemos visto magníficas disertaciones sobre la emoción. Pero esta disertación se detiene en la mascarada reactiva de la descarga neurovegetativa. Es decir, no describen la emoción en sí, sino el teatro de la emoción, lo inherente a las tres reacciones.

Claro que la carga afectiva se proyecta en nuestra expresión y hasta puede servir para definirla. Nuestro rostro puede delatar una carga emotiva que anida en nuestra intimidad. De aquí que la gente diga:

“Unos ojos brillantes de alegría...” o “un semblante triste” o un “rostro desencajado”.

Y es verdad que nuestro corazón “salta” de alegría y que la emoción “detiene” nuestra respiración y que un “nudo” en la garganta nos ahoga. Todo esto es verdad. Pero una vez más debemos insistir en que no se puede confundir la mascarada neurovegetativa con la emoción profunda. Las reacciones orgánicas de cuño fisiológico son el subproducto de la reacción afectiva.

La mismidad nos da la versión íntima, la esencial, la intrasferible.

La mascarada neurovegetativa que la acompaña nos da la versión externa, es decir, una caravana de descargas fisiológicas, un teatro de la emoción. Un verdadero subproducto residual y excrementicio.

### *Dolor físico o intimidad*

Nuestro dolor físico, el único que es susceptible de estudiarse en el laboratorio de fisiología, sigue siendo un atributo ajeno a nuestra intimidad.

Sea por ejemplo un dolor de muelas. En su

momento álgido, puede originar aquella “descarga” neurovegetativa que acusa un rostro dolorido; una “expresión” emotiva. Pero no es más que una “aparición”. Porque estas conmociones neurovegetativas pueden ser puestas en juego sin necesidad de que la “mismidad” esté afectada.

Diríamos que pueden desencadenarse “en vacío”. Desde una plataforma rigurosamente experimental.

Basta que hagamos la exéresis quirúrgica de la muela doliente para que cese el cuadro inmediatamente.

En cambio, la desaparición de un hijo nunca podrá ser substituida por la aparición de “otro hijo”.

### *De donde surge la confusión*

Por lo tanto, una vez más debemos insistir en que la confusión surge de este hecho. De que en el mismo escenario concurren la vida mostrenca del bruto y la vida íntima del hombre.

Debemos insistir en señalar esta radical diferencia. Para el bruto la conmoción neurovegetativa representa el origen y final del trayecto, mientras que para el hombre la reacción es una simple descarga. Nada se resuelve en esta “descarga” puesto que por ella no transita la mismidad ni incidentalmente. Insistimos una vez más, la descarga neurovegetativa es toda la “conducta” para el animal.

La confusión surge por no haber hecho esta diferencia entre conducta animal y conducta humana.

Fisiología versus Antropología.

¿De dónde surge la confusión? Del hecho que el ángel y la bestia que hay en cada uno de nosotros, disponen de un solo vaso para beber, de un solo plato para comer, de un solo lecho para cohabitar... Es la *vía final común* de Oriol, a la que los fisiólogos llaman conmoción neurovegetativa.